



EL ECO DE CARTAGENA

EL ECO AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13397

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

LUNES 16 DE JULIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lórelle, rue Caumar tín, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DREYFUS

El Tribunal de Casación ha echado al lado, sin revisión de sentencia, al ex capitán del Ejército francés Alfredo Dreyfus.
El affaire Dreyfus conmovió hasta los cincientos, no tan sólo á la sociedad francesa, sino al mundo entero.
Nunca hecho histórico alguno puso en peligro á un pueblo como la esquizofrenia iniquidad de que fué víctima un hombre cuyo único crimen fué perdonar una clase secularmente odiada.
Ningún alma verdaderamente honrada dudó jamás de la inocencia de Dreyfus, pero el desencadenamiento de la guerra fué tan colosal que solo un hombre, el gran Zola, se atrevió á contrarrestarlos, lanzando á la faz de la nación su tremendo «J'accuse».
No es posible recordar sin indignación contra los malvados que condenaron á un inocente á cinco años de espinoso suplicio, las páginas, henchidas de intensa amargura, del libro escrito por Dreyfus en la isla del Diablo.
Aquellas cartas dirigidas á su esposa, llenas de apasionada ternura y de fe ciega en un día de redención y de justicia, no podían ser escritas por un hipócrita traidor.
Sus más encarnizados enemigos, los más feroces antidreyfusards, empezaron á huir, y de todos los ámbitos de Francia y del mundo entero surgió la voz unánime (revisión), que debió resonar apocalípticamente en los oídos de los militaristas, que vociferaban: «Dreyfus debe declararse culpable, aunque sea inocente, porque en ello va el prestigio del Ejército francés».
La sentencia del Tribunal de Rennes fué una segunda iniquidad, pues á pesar de la convicción que tenían los jueces de que las elocuentes palabras de Labori estaban dictadas por la justicia y la razón, Dreyfus fué otra vez condenado.
El Gobierno indultó al desgraciado

que tanto había sufrido, pero esto no era bastante para un inocente; era preciso que el honor que le habían arrebatado los odios políticos y religiosos le fuese reintegrado de una manera tan solemne, como solemne fué el acto de la degradación de un hombre honrado y patriota.
El Tribunal de Casación ha reparado ahora la atroz iniquidad, dictando una sentencia en que resplandece la mas alta justicia.
Francia, siempre grande, ha reparado su falta, volviendo por los fueros de la verdad hollada y de la virtud escarnecida, dando un ejemplo que será admirado eternamente.
Hé aquí algunas páginas del «Diario», escrito por Dreyfus, mientras duró su reclusión en la isla del Diablo: 14 de Abril de 1895.
Empiezo hoy el diario de mi triste y espantosa vida. En efecto, únicamente desde hoy tengo papel á mi disposición, papel numerado y rubricado, á fin de que no pueda distraer una hoja. Soy responsable de su empleo. ¿En qué otra cosa podría emplearlo? ¿De qué me serviría? ¿Qué secretos puedo yo confiar al papel? ¡Tantas preguntas, tantos enigmas!
¿Qué horribles meses acabo de pasar! ¿Cuántos meses como éstos me esperan aún?
Estaba decidido á matarme después de mi inicua condena. Ser condenado por el crimen más infame que el hombre puede cometer, bajo la fe de un papel sospechoso cuya letra imitaba ó se parecía á la mía, era cosa para desesperar á un hombre que coloca el honor sobre todo.
He cedido, sin embargo, á las súplicas de mi mujer y he tenido el valor de vivir! Mi conciencia me sostenía; mi razón decía cada día. «¡Animo! La verdad, por fin, fulgurará triunfante; en un siglo como el nuestro la luz no puede tardar en hacerse.» Pero, ¡ay,

de mí cada correo traíame una nueva decepción.
Después de una travesía de quince días, metido en una jaula, he permanecido primeramente en la rada de las islas de Salud, cuatro días bajo el puente, en medio de un calor tórrido. Mi cerebro se liquidaba; todo mi espíritu se fundía en una desesperación horrible.
A mi desembarco he permanecido encerrado en un aposento de un presidio, con prohibición de hablar con nadie, sometido al régimen de los forzados.
Muchas veces he creído que iba á volverme loco. He tenido congestiones al cerebro, y mi horror á la vida era tal, que tuve el pensamiento de dejar me morir; pero el recuerdo de mi mujer, los deberes para con mis hijos me hacen resistir este martirio.
Al fin, después de treinta días de semejante reclusión, acaban de transportarme á la isla del Diablo, donde gozaré de una sombra de libertad.
De día puedo pasearme en un espacio de algunos centenares de metros cuadrados, seguido paso á paso por un centinela; al caer la tarde seré encerrado en mi cabañón de cuatro metros cuadrados, cerrado por una puerta con clavos de barrotes de hierro, ante la cual los vigilantes se relevan durante la noche.
Un jefe y cinco vigilantes están afectos á este servicio.
La ración se compone de medio pan por día, 300 gramos de carne, tres veces por semana, sustituidos los otros días por adobo ó tocino salado.
19 de Abril 1895
No he escrito nada estos días
Todo mi tiempo lo he empleado en la lucha por la vida, porque quiero resistir mientras tenga una gota de sangre sean los que quieran los suplicios que me aflijan.
El régimen no ha variado. Aún se esperan órdenes.
Hoy he hecho caldo con la carne, sazónandola con sal y pimienta que he encontrado en la isla.
La cocción ha durado tres horas, du

rante las cuales mis ojos han sufrido horriblemente. ¡Qué miseria!
Y siempre sin noticias de mi mujer, de los míos! ¡Interceptan las cartas!
Esto es lo mas inaudito, lo más inhumano.
Que se tomen todas las precauciones imaginables para impedir toda evasión, lo concibo; es un derecho, diré más, un estricto deber de la Administración. Pero que se entierre vivo, que se impida toda comunicación, aun en carta abierta, entre mi familia y yo, es contrario á toda justicia.
Se creería más fácilmente haber retrocedido varios siglos... Seis meses llevo en el misterio, sin poder ayudar á que se rescate mi honor.
Pruebo alguna que otra vez á proseguir mis estudios del inglés, mis traducciones, para olvidar con el trabajo. Pero mi cerebro, completamente quebrantado, rehusa toda labor; al cabo de un cuarto de hora me veo obligado á renunciar á ella.
9 de Mayo de 1895.
Esta mañana, después de haberme levantado temprano como de costumbre y haberme preparado el café, he sentido un desfallecimiento, seguido de abundante sudor. Me he dejado caer en la cama.
Es necesario que luche contra mi cuerpo, que éste no ceda hasta que me sea devuelto mi honor. Sólo entonces podré sentirme débil. Sin él, preferiría la muerte de mis hijos.
Horrible día. Crisis de lágrimas, de nervios... Pero es preciso que el alma domine al cuerpo.
19 de Mayo de 1895.
Día lúgubre. Lluvia tropical sin interrupción.
La fiebre ha cedido gracias á la quinina.
He colocado sobre mi mesa, para tenerlos siempre delante, los retratos de mi mujer y de mis hijos. Concentraré ahí toda mi voluntad.
28 de Octubre de 1895.
No sé cómo vivo. Mi cerebro está triturado ¡Ah! Decir que no sufro más allá de toda expresión, decir que no aspiro á que la muerte acabe con este suplicio.

Pero cada vez que desfallezco, en mis largas noches, ó en mis días solitarios, me yergo por un violento esfuerzo de todo mi ser y me grito á mí mismo: —¡Tú no estás sólo; eres padre; debes defender tu honor, el de tu mujer, el de tus hijos!; y vuelvo á caminar con un nuevo arranque para caer, ¡ay de mí! otra vez en la desesperación...
Zola, el gran astrónomo que tantas constelaciones ha descubierto en el mundo sin límite de las almas, puso, con su valiente «J'accuse», la verdad en marcha...
El camino recorrido ha sido muy largo y lleno de obstáculos; pero, al fin, llegó á enseñorearse desde la cúspide, ¡llegó á triunfar!
¡Honor á la memoria del moderno Redentor, del gran Emilio Zola, á quien por entero corresponde el triunfo que hoy celebran los amantes de la Justicia.
ECOS NAVALES
Austria.
En la discusión del presupuesto de la Marina en la delegación austriaca, el comandante en jefe Montecuccoli dijo que el material de la flota austro-húngara disminuye de día en día en relación con las flotas de guerra de las otras potencias, las cuales continúan y ponen todo su empeño en desarrollar rápidamente sus fuerzas navales. Añadió que como los buques de guerra austriacos no responden ya á las exigencias modernas, el Gobierno, que hace todo lo posible por fortalecer la flota, y pedirá en el presupuesto próximo los créditos necesarios para construir tres grandes acorazados y algunos cruceros rápidos.
Concluyó diciendo, que el objetivo primordial de la flota de Austria-Hungría es la defensa de las costas, pero una flota á la que se condene á limitarse tan solo á una acción defensiva está asimismo condenada á la ruina segura.
Es por lo tanto, imprescindible que se la ponga en condiciones de tomar la ofensiva cuando llegue el caso.
Trasladamos esta última parte del

X.
Me voy á dormir. Cuando tropezándome Alibekka con el pie me despertó y abrí los ojos, ya era de día. Se hubiera dicho que el día era más penetrante que por la noche. Ya no nevaba; pero el viento fuerte y seco seguía levantando en la llanura blanca polvareda, y más aún bajo los cascos de los caballos y bajo las patines de las trineas.
Hacia el Oriente se vió resplandecer el cielo, de un azul oscuro, entre el que se destacaban, cada más perceptibles, franjas transversales de hermoso matiz anaranjado. Sobre nuestras cabezas, y á través de blancas neblinas errantes, se transparentaba un cielo de azul pálido. A la

IX.
Yo dormía profundamente; pero la tercera de la campaña sonaba aún descendiendo, y yo la veía en mis sueños bajo la forma, ya de un perro que se arrojaba sobre mí, ya de un órgano, uno de cuyos tubos era yo mismo, ya de un verso francés que me disponía á componer. A veces me parece que aquella tercera es un instrumento de tortura, que no cesa de oprimirme el talón derecho; el dolor es tan fuerte, que me despierto y abro los ojos frotoéndome el pie. Empezaba á helarse.
Continuaba la claridad vaporosa y blanquecina de la noche. Caminábamos con la misma velocidad; el mismo Ignachka seguía sentado junto á mí y pateando; el mismo

